

Eurípides

=Introducción al volumen que contiene las admirables versiones en verso inglés que hizo Sir *Gilbert Murray* del *Hipólito* y de *Las bacantes* de Eurípides y de *Las ranas* de Aristófanes. Traducción de SALOMÓN DE LA SELVA para *Repertorio Americano*=

5.—Véanse las entregas 7, 8, 9 y 10.

Probablemente todos los dramaturgos que poseen fuertes creencias íntimas, ceden a veces a la tentación de emplear a algún personaje de sus obras de portavoz de sus sentimientos propios. Y el Coro griego, creación semi-dramática, semi-lírica, era, reconocidamente, medio adecuado para ese fin. Desde luego, escritor ninguno emplea, o por lo menos no debiera emplear, el drama para expresar sus «meras opiniones» acerca de cuestiones corrientes o vulgares, ni para anunciar su partidatismo en la política ni su sectarismo en religión. Pero la composición dramática se presta a las mil maravillas para expresar aquellas creencias y aspiraciones de índole casi inefable que el hombre siente temblar dentro de su ser; ávidas de expresión, pero que él no puede ni declarar en lenguaje llano ni aseverar sin aceptar de lleno la responsabilidad resultante. En el drama se pueden decir estas cosas que ansían ser dichas; se les puede dar la oportunidad que anhelan; se puede librar la mente de su acoso. Si resultan náderías, no es uno, sino un personaje del drama quien las ha dicho!

La religión de Dionysos en la forma en que la halló Eurípides, ya estaba adelantada en vía mística, ya se espiritualizaba; ya, también, estaba medio reformada y medio petrificada por el sacerdotalismo, por el movimiento órfico, y era, por consiguiente, mezcla de muchas cosas, que se prestaba a la expresión dramática e indirecta.

A simple vista era algo grosero, pero podía idealizarse fácil y maravillosamente! Eurípides parece haber sentido un peculiar interés, rayano en entusiasmo, por sublimar sus doctrinas, por darles una interpretación filosófica o en tono profético, adivinando lo que los hombres podrían hallar en esa religión si se tomaban la pena de buscarlo. Y, a la vez que hacía eso, quedaba libre de responsabilidad. Deja a sus Bacantes entregarse de cuando en cuando a los furiosos de sus éxtasis, como era de rigor que se entregaran. Mezcla entre sus cantos lo que por cuenta propia quería decir, pero evade toda responsabilidad inherente en el culto donysíaco o en los ritos órficos.

El Dionysos que Eurípides toma del concepto corriente que se tenía del dios en su época, es la deidad de toda elevada emoción, de toda inspiración, de toda embriaguez. Él preside la creación de la poesía, especialmente de la poesía dramática. Él les ha dado a los hombres el Vino que a la vez que símbolo religioso, es su verdadera Sangre. Él purifica de pecado. Carece de sentido, desde luego, el hablar de una purificación de «mero ritual» en contradistinción de una purificación real y efectiva. El ritual, mientras está imbuido de vida, está preñado de espiritual significación, y, con

frecuencia, puede expresar precisamente aquellos trascendentes sentimientos que las palabras no logran decir, de la manera como una mirada, o un apretón de manos a veces pueden expresar más que un saludo verbal. Dionysos purificaba con espiritualidad tan plena como fuese amplia la necesidad del purificado. Y al purificado le concedía Júbilo místico, de intensidad más honda que la de que es capaz el hombre no purificado, la Alegría de un dios o de una fiera libre. Las Bacantes en este drama lo llaman por sus muchos nombres (*vv. 725 ss.*):

«Baco, Bromios, Señor,
Dios de Dios nato»; y hasta las montañas mismas lo adoran, y las alimañas que para hacer su gloria van brincando en la espesura agreste, y, delirando, aturden con sus voces y sus gritos el bosque, y con su música de pitos.

Tal es el dios a quien Eurípides celebra.

El poeta había vivido casi toda su vida en una gran ciudad, rodeado de gente de elevada educación; entre tormentosas ambiciones y rivalidades feroces; en medio a un escepticismo general, causado en un principio, no cabe duda, en la mayoría de los casos, por una aspiración religiosa más elevada que las aspiraciones de los hombres ordinarios, pero convertida, a la postre, en irreligiosidad árida; en una sociedad ultrapolítica, dirigida, en los últimos años, por la clase de hombres de quienes Platón decía que, si les mirásemos el alma, veríamos «el brillo filoso de su ojo pequeño»; en un ambiente encallecido de la manera que dice Tucídides en el pasaje largo que ya hemos citado de su libro. Eurípides había vivido toda su vida entre esta gente; durante muchos años le había tocado dirigir sus actividades, por lo menos en cuestiones de arte y de intelecto; durante muchos años había luchado con esa sociedad. ¡Y ahora ya estaba libre de ella!

Se sentía como animal perseguido que ha escapado de sus perseguidores; como cervatillo que ha huido al bosque, a la espesura, y así lo dice en un pasaje lírico cuya nota personal suena como sobretono fácil de oír (*vv. 862 ss.*):

Soy cervatillo que huyo a la espesura,
bello hasta el cuello hundido en la verdura,
libre por fin del cazador salvaje:
El terror quedó lejos,—la jauría...

Pero, aunque lo ha dejado lejos, el terror le persigue todavía; y el poeta no se da tregua en su fuga hacia regiones más apartadas y solitarias aún, adonde ni grito de cazador ni ladrido de mastines puedan alcanzarle. «¿Qué, si no esto, es la sabiduría?» pregunta en uno de sus más admirables coros:

¿Qué, si no esto, es la sabiduría:
Qué, si no esto, vale toda pena:
Qué, si no esto, Dios es la alegría
que das en galardón al alma buena:
Sentirse libre, libre de temores,
respirar sin zozobra el quieto ambiente,
Tu mano sobre el Odio, Tus labios en las flores,
y verte en la Belleza, y amarte eternamente?.

Había escapado y sentíase feliz; ya el Odio no podía alcanzarle. Más aún. Él había hallado seguro, y, en cambio, quienes le odiaban se debatían en medio de tormentos. Tremendo juicio había recaído sobre aquellos que habían resuelto no tener nada que ver con «los tres enemigos mortales del Imperio: la Compasión, los sentimientos Elocuentes, y la Generosidad propia de los Fuertes»; sobre los que habían vivido, como dice Tucídides en otro pasaje (*vi. 90*), en sueños de conquista cada vez mayores: La conquista de Sicilia, la conquista del Sur de Italia, la conquista de Cartago y de su imperio, la conquista de toda tierra bañada por el mar. Habían olvidado la esencia de la religión, las leyes eternas, el juicio que acecha a quien «adora a la Fuerza Despiadada»; a quien—

sueña ensimismado,
olvidándose a Ti, sueños de orgullo
y de poder por Ti no consagrado.—*vv. 885 ss.*

Canta contra la irreligión que tales ambiciones implican, cuando dice, en el mismo coro:

Porque echó de su pecho Tus mercedes:
Porque Tu fe la despreció en el suelo:
Porque nunca los ojos alzó al cielo,
ni quiso comprender, envanecido,
que así como Tu Ley antaño ha sido
así es, y será. Único fuerte
refugio salvador contra la Muerte!

En el final de este canto, toma las palabras rituales de ciertos viejos himnos báquicos y, cambiándolas apenas, las emplea para expresar con mayor claridad su propia doctrina positiva:

¡Feliz aquel
que en su bajel
venció a la tempestad y llegó a puerto:
Feliz, feliz el alma
que halló en la vida calma
y olvida la tormenta de lo incierto!

Los hombres pugnan con muchas ambiciones, se agitan con innúmeras esperanzas, las más de entre ellas en conflicto entre sí mismas, las más de entre ellas de inherente falta de valía; y aún cuando las esperanzas se cumplan y las ambiciones se logren, nadie que obtenga semejante triunfo ha conseguido felicidad por ello.

¡Pero el que sabe, libre de recelo,
que la vida en sí misma es toda dicha
ése ya tiene conseguido el cielo! (1)

Sir Gilbert Murray

(Concluirá en la próxima entrega.)

(1) *Dionysos les ha anunciado a sus Bacantes que «el león ha caído en la red»; que Penteo,—Rey de Tebas, que le ha negado adoración,—vestido de mujer para espiar los misterios dionysíacos, llegará entre ellas; y les profetiza que perecerá. El Coro queda solo y canta:*